

ENSAYO

LA UNIVERSIDAD: PARADOJA Y DILEMA

Pablo F. Marentes

(Taller de Ensayo de *Punto de Partida*)

Nosotros, las civilizaciones, sabemos ahora que somos mortales, dice Valéry. Parafraseando, podríamos señalar también: nosotros, las universidades, sabemos ahora que podemos perecer.

La comunidad de estudiosos ha sido reemplazada por una inmensa formación social que se encuentra a merced de multitud de públicos que, por una parte, no la conocen y, por la otra, le demandan cosas contradictorias.

Las universidades dejaron de ser lugares de estudio a cubierto de tempestades. Inmersas en el mercado de consumo, sometidas a los gritos de auxilio o de crítica del público en general, de la industria y del gobierno, investigan para colaborar en la realización de las metas nacionales, analizan las carencias de la sociedad, los problemas de los jóvenes y de las personas de edad avanzada; de los desposeídos, de los desorientados y de los desajustados emocionales; intentan mejorar el "entendimiento" y cooperación internacionales, proveen sedes para las artes, satisfacen gustos arquitectónicos divergentes, explican los mores sexuales vigentes y hacen preparativos para que el hombre disfrute de una vida plena durante la próxima era del ocio organizado. Al mismo tiempo deben curar el cáncer y revisar integralmente el código penal.

Podrían optar por soslayar estos reclamos considerándolos como partes de la irracionalidad del medio siglo; pero de inmediato se les recordaría que viven de la caridad, la buena voluntad y el sudor de los contribuyentes. Es así que las universidades, en casi todas las latitudes, son los objetivos de guerrillas domésticas, en parte organizadas, en parte fortuitas.

Los políticos las encuentran sospechosas, los empresarios las acusan de indiferencia ante las necesidades del mercado de trabajo, y las autoridades hacendarias muestran honda preocupación en vista de los costos elevados y la baja productividad. Internamente, los estudiantes las ven como partes del *establishment* que deben ser destruidas por la violencia; y los profesores e investigadores, al tiempo que demandan mayores sueldos, exigen más facilidades para responder a los reclamos de la sociedad y justificar de esa manera su calidad de universitarios.

A pesar de la rapidez con que se han adaptado a sus nuevos deberes, las universidades son el blanco de las críticas más torvas que en época alguna hayan padecido. Y su precaria situación se alimenta en sí misma, porque las universidades se encuentran situadas en el vértice mismo de una paradoja.

La universidad actual es una institución residual: es el último reducto de salvación al que acuden individuo y sociedad a buscar las respuestas que ellos no han podido encontrar a sus problemas. Parecería que la fe en la educación y la confianza en quienes tienen como propósito la realización de la ciencia, de las artes y de la alta cultura, hubiera provocado que a la universidad se le encargaran tareas que en épocas anteriores llevaban a cabo otras instituciones o que simplemente no se realizaban. De esta manera, para iluminarlos, debe fijar su atención en los rincones más oscuros tanto del individuo como de la sociedad. Y al hacerlo no puede iluminar sus propias zonas de penumbra, provocadas también por la sociedad a la que trata de servir y que la convierte en "multiversidad" impedida, por definición, de hacer más eficiente su impartición de conocimientos y educación.

La universidad está obligada a organizar sistemas de transporte, servicios médicos de emergencia, educación vial y desayunos baratos; también debe ofrecer oportunidades de educación complementaria y propiciar las bases de una vida plena mediante asesoría sociológica, consulta psiquiátrica y experiencia artística.

Cada nuevo descubrimiento científico o técnico hace que su saldo deudor a favor de la comunidad se incremente, puesto que de inmediato debe aplicarlo, o por lo menos difundirlo, a través del adiestramiento de la multitud de profesionales. Así resulta que la escuela de trabajo social debe ir en auxilio de los pobres, los pasantes de medicina deben aplicar sus conocimientos en la región rural, la escuela de arquitectura tiene que resolver el problema urbanístico y de los cinturones de miseria; la escuela de economía se encuentra obligada a estudiar la manera cómo una empresa debe distribuir sus recursos para maximizar utilidades y no padecer los movimientos cíclicos de la demanda; la escuela de odontología debe organizar un dispensario y la facultad de leyes un bufete gratuito.

La única institución comparable a la universidad contemporánea es la gilda medieval, que estaba obligada a hacer todo por su ciudad. Lo único que la actual universidad no hace, son misas para los muertos. Pero si no las hace es porque no se las piden.

Justifica la existencia de las universidades contemporáneas, entre otras cosas, el propósito de que la educación superior significa alto nivel de conocimientos y en la multiversidad esto resulta prácticamente imposible.

El número mayor de solicitantes requiere para su atención un personal administrativo más numeroso, y la burocracia se extiende. Un mayor número de admitidos exige mayores recursos económicos y la característica financiera de las universidades no ha sido, ciertamente, la abundancia.

La admisión de alumnos trae aparejada la responsabilidad de ayudarles a que tengan éxito en sus estudios, que se traduce en servicios sociales y de orientación, actividades deportivas, bolsas de trabajo, consulta psicológica, intercambio cultural y académico, información, actividades extracurriculares, difusión cultural a través de cineclubes, exposiciones de arte, teatro a bajo costo, grupos teatrales experimentales, programas de becas, etcétera. Y la necesidad de perfeccionar y ampliar estos servicios colaterales hace que los gastos se eleven de manera exorbitante.

Por otro lado, las disciplinas se han fraccionado y vuelto a fraccionar en especialidades más restringidas pero cada vez más numerosas. El mercado de trabajo exige que la universidad cubra todos los aspectos especiales de cada campo de estudio y la tarea de actualización universitaria se hace interminable.

No pasa un sólo día sin que las autoridades académicas reciban sugerencias para "hacer algo nuevo, verdaderamente útil y práctico". Esos haceres útiles deben manifestarse en la realización de cursos de actualización, planes y programas de estudios para nuevas carreras técnicas, subprofesionales y profesionales y, a menudo, en la fundación de facultades y escuelas que den albergue a las nuevas especialidades.

La universidad no puede rehuir su compromiso porque las necesidades nacionales no reconocen frontera. Y si la sociedad conmina a su institución residual para que inicie la búsqueda de soluciones a nuevos y más graves problemas, ésta no tiene otra salida que aceptar el desafío y hacer lo que mejor pueda.

La consecuencia necesaria de una universidad "actualizada" es un cuerpo docente y de investigación más numeroso y más especializado para impartir los cientos de pequeños nuevos cursos e investigar, para definir, los nuevos campos técnicos y científicos. Cada profesor e investigador imprime a sus labores los matices y tendencias más convenientes, en función de su libertad académica. Pero al mismo tiempo deben adaptarse a las exigencias de impartir clases, examinar, asistir a las oficinas académicas, colaborar en comisiones y consejos técnicos, dirigir tesis, escribir cartas de recomendación, promover el mercado de trabajo para la especialidad, sugerir candidatos para becas y además, pero no finalmente, detectar entre los miles de administradores universitarios aquellos que puedan ayudar-

les a realizar sus programas de trabajo facilitándoles materiales y recursos.

Pero la novedad de sus investigaciones, la brillantez en sus cátedras, la eficiencia de su asesoría académica, les producen ofertas para colaborar en "su tiempo libre" en la industria, el comercio, las dependencias gubernamentales. Muy pronto ceden, y el productivo profesor o investigador universitario, que fue preparado con los escasos recursos de su universidad, la abandona y se va a la industria privada, a las empresas descentralizadas y a los organismos gubernamentales, y automáticamente pasa a ser un severo crítico de su *ex-alma mater* que no es capaz de preparar los cuadros técnicos, científicos y profesionales del nivel que el desarrollo nacional requiere.

Estas son las tensiones y contradicciones que se generan en el vértice donde el mundo y la universidad, al tiempo que se juntan, comienzan a separarse.

Más que considerar la necesidad de ampliar a corto plazo la capacidad física y académica, ¿no sería más razonable resolver primero la interrogante de qué se desea?, ¿una universidad o una "facilidad" más para la sociedad de consumo? Porque es obvio que las universidades no pueden continuar improvisando nuevas políticas, educativas, docentes y de investigación simplemente para obtener fondos, popularidad, simpatía o benevolencia en los círculos oficiales y privados y seguir, al mismo tiempo, funcionando como instituciones de altos estudios. Si lo que se desea es una conveniencia pública —un servicio más que la sociedad de consumo proporciona al público en general— no se exija entonces a la universidad formar hombres de un alto nivel cultural, profesional, humano y político.

Pero el sólo planteamiento de estas interrogantes sujeta a la universidad a una serie de invectivas, críticas y calificativos que van desde el marbete de "roja" hasta el de reaccionaria; desde "centro-productor-de-irresponsables" hasta "institución-elitista-de-privilegiados", o, lo que es peor, "nido-de-intelectuales-exóticos". La opinión pública, mal orientada, mal informada, parece definirse para expresar: necesitamos a la universidad, pero no queremos a los universitarios.

La universidad se volvió noticia a partir de la efervescencia estudiantil mundial. Durante los 40 años anteriores, sólo las revistas especializadas —lectura sumamente aburrida para el gran público— daban cuenta de sus descubrimientos científicos y técnicos, de sus nuevos métodos de enseñanza, de sus labores de difusión cultural, de sus servicios auxiliares de educación, de sus programas de extensión universitaria y del empleo de computadoras electrónicas en la administración. La universidad es la institución que muy pocos conocen, pero que todos se sienten capacitados para criticar.

Los diarios cubren las actividades de la universidad de manera intensiva y extensiva, pero de ningún modo ilustrada. Un enfoque "profesional" —periodísticamente hablando— permite a los diarios presentar los acontecimientos universitarios ajustados a las impresiones y prejuicios de su público y de sus clientes. Los reporteros no presentan el acontecimiento al público; más bien representan al público en los acontecimientos.

Las explicaciones orales, las opiniones "autorizadas" de oscuros informantes son valiosísimas para los representantes de la prensa porque, periodísticamente hablando, todo acontecimiento tiene un *inside-story* que por lo regular es deleznable. El *inside-story* supone la actividad de una persona o pequeño grupo en particular y detectarla proporciona intimidad a la información.

La crítica personalizada, fundada en pretendidas intimidades, es destructiva para una comunidad cuyos esfuerzos, quiéranlo o no sus enemigos, se dirigen a servir a la sociedad. Esto no significa que sean ángeles y no hombres quienes administran y convergen en la institución. Pero para criticar a las autoridades universitarias imputándoles actitudes torpes, tibias u oscuras, se requiere tener un conocimiento profundo y detallado —ciertamente más amplio del que poseen determinados periodistas y editorialistas— respecto de las facultades estatutarias de los funcionarios, de la heterogeneidad de los sectores que forman la institución, así como de las dimensiones de los problemas académicos, administrativos, financieros y políticos que confronta.

Poco puede hacer la universidad para refutar críticas provenientes de sectores que preconizan su identidad de intereses con los de la institución. Porque si la universidad se atreve a polemizar con los padres, los exalumnos, los grandes benefactores, el gobierno, los periódicos locales, se le calificará de soberbia, ingrata, indiferente o torre de marfil.

La identidad-de-intereses permite señalar, por ejemplo, la necesidad de instalar los salones de clase arriba de las oficinas, de los departamentos o de las tiendas de abarrotes, porque ése es el ambiente adecuado para el estudio: al fin y al cabo la vida es la vida y los estudiantes van a las tiendas, acuden a las oficinas y cohabitan en los departamentos.

La pretendida identidad también hace posible indicar el error que comete la universidad al exigir a los "verdaderos artistas" una serie de requisitos académicos para matricularse. Porque, ¿para qué diablos necesitan los artistas saber matemáticas, historia o cien-

cias naturales si lo que ellos quieren es pintar como Leonardo y componer como Beethoven? Pero como nuestra sociedad necesita que los "verdaderos artistas" posean grados académicos para trabajar en los departamentos "creativos" de las agencias de publicidad, la universidad debe permitirles tomar cuantos cursos quieran que a cambio de ello su contacto con los imbéciles estudiantes se traducirá en un beneficio cultural incalculable.

Otros identificados-con-la-universidad desean que se impartan cursos que se relacionen directamente con los acontecimientos cotidianos. De otra manera la universidad permanecerá fuera de la realidad y los estudiantes no contarán con el adecuado estímulo para estudiar. Si en los teatros se representa a Shakespeare y en las salas de conciertos se presenta el Bolshoi, automáticamente las escuelas y facultades correspondientes deben interrumpir sus cursos regulares e iniciar seminarios, cursos y conferencias sobre Shakespeare y el Lago de los Cisnes. Así el estudio será menos árido y los estudiantes se encontrarán debidamente motivados.

No es exagerado el temor de quienes ven en los salvadores de la universidad, verdaderas amenazas. "Nos están convirtiendo en colegios de la comunidad cuyo objetivo principal será la solución de problemas domésticos y el abastecimiento de técnicos bien adiestrados en especialidades restringidas. La necesidad de preparar mentalidades para afrontar los problemas más abstractos del individuo y de la sociedad no solamente se está soslayando, sino que simplemente no se toma en cuenta.

Podríamos convenir en que, por razones de relaciones públicas, la universidad tiene que continuar haciendo ciertas cosas para caer bien, ser popular, obtener la buena voluntad de sus críticos, y conservar la simpatía de sus benefactores y la solidaridad de sus identificados. Pero, en cierto momento, tiene que decidirse por hacer a un lado, sin dar explicaciones, las sugerencias absurdas, los reclamos extraños y contradictorios, a pesar del riesgo gravísimo que ello entraña. Porque la universidad debe, a toda costa, conservar inviolable el terreno que le permita continuar siendo una institución definible. De otra manera, la nueva universidad —la multiversidad— podrá hacerse cada vez más nueva, más amplia tanto en funciones como en números, pero ya habrá perdido su posibilidad de definirse y fatalmente presenciará su propio derrumbe; la apatía y la inercia se encargarán de que la alta cultura, la educación y la investigación fundamental emigren al limbo.

A sabiendas de que la caridad, las buenas intenciones y la opinión pública son implacables cuando se consideran desairadas, la universidad debe correr ese riesgo y conservar su posibilidad de definición. Porque la universidad debe responderse y ser responsable a ella misma, y en la medida en que se reafirme como un centro —regional, nacional e internacional— al que acudan hombres que compartan un mismo propósito: el de la vocación por la investigación, la alta cultura y la educación superior, podrá servir mejor a su comunidad inmediata, a la nación y al mundo.

La universidad no debe temer a su propia dignidad. Su definición implica el rechazo a continuar funcionando como una conveniencia pública más. Los mingitorios de las terminales áreas y de autobuses, son facilidades públicas a las que concurren también multitudes de hombres. Y el peligro es que la universidad se convierta ya no el W.C. de la terminal, sino en la terminal misma: centro en el que convergen miles de personas con los intereses más encontrados, más insulsos, más aviesos o más ingenuos; en una palabra, más divergentes.

Creo que la vida de la universidad se desarrolla en tres distintos niveles, como en la *Divina comedia*. Abajo, en el Infierno, encontramos la lucha cotidiana en contra de los enemigos de la institución: la confusión de propósitos, la sordidez, la desorientación y la mezquindad. Inmediatamente arriba, está la zona del trabajo meritorio y cotidiano de los estudiantes, de los cuerpos docentes, de los funcionarios académicos y de los administradores. En la cúspide se encuentra el reino de la realización plena, de la permanente discusión de las ideas, de la sociedad y del mundo; de las satisfacciones por la labor cumplida, de la definición ideológica y existencial, de los más caros anhelos universitarios.

A pesar de sus críticos, benefactores, identificados-por-los-mismos-intereses y amantes desorientados, la universidad debe esforzarse por ampliar el tercer nivel. En su penoso tránsito hacia ese objetivo no debe esperar el reconocimiento público inmediato, ni tampoco demandar confianza. Paso a paso, debe demostrar su mérito y su dignidad y encarar sin temores las acusaciones fraudulentas. Esto debe ser así, porque actualmente los problemas que confronta son menos conocidos que los retorcidos vericuetos de los negocios o de la política.

La universidad, por tanto, tiene que decidirse por asumir una de dos actitudes: por un lado, la que corresponde a una institución de altos estudios, alta cultura e investigación y que rechaza todo aquello que por heterogéneo, improvisado y contradictorio la hace inoperante; por la otra, la propia de una terminal de autobuses a cuya entrada debe colgar

un letrero que diga: entre y salga cuando quiera, y haga lo que le plazca. Pida a los dependientes lo que desee, que la terminal ha sido diseñada para satisfacer sus más refinadas exigencias.

Que quede claro: la alternativa no es entre ser una comunidad de pedantes intelectuales o una de "gente sencilla del campo". No es una alternativa que concierna a la hospitalidad, sino a la dignidad y fines de la universidad.

Pienso que el mundo tiene que aceptar la primera actitud. Pero si no fuese así y la universidad —como la han concebido los mejores universitarios en sus mejores momentos— se eclipsara, su idea sobrevivirá y volverá a resurgir en una época futura, será a no dudar, más noble, más razonable, más madura.

